

Una visita al siglo XIX

Ignacio Manuel Altamirano

Juan de Dios Arias

Marcos Arróniz

Hilarión Frías y Soto

Manuel Gutiérrez Nájera

Manuel Payno

Guillermo Prieto

Francisco Zarco

Selección, adaptación, prólogo, notas, glosario
y cronología de **José Luis Trueba Lara**

loqueleo®

Prólogo



Aunque me da mucha vergüenza, ya no me queda más remedio que reconocerlo: cada día me cuesta más trabajo esconder una de mis peores costumbres. Te juro que durante mucho tiempo traté de hacer lo que me gusta de la manera más discreta posible. Mi gran placer era un secreto que apenas conocían unos cuantos; es más, cuando mi esposa se dio cuenta de lo que yo hacía, sólo me dijo que tuviera mucho cuidado y que no se lo contara a nadie. "Ya ves cómo son las personas que luego no entienden lo que pasa y que tú no haces las cosas de mala fe", murmuró con la resignación de que nada podía hacer para salvarme de mi mala maña. Ella tenía razón: yo no quería que la gente me descubriera. Lo confieso: soy chismoso y metiche. Y, por lo tanto, lo que más me gusta es enterarme de la vida de las otras personas. Soy tan chismoso y tan metiche que me da lo mismo si las conozco o no, lo único que de verdad me importa es descubrir sus historias.

Seguramente estarás de acuerdo conmigo en que no tengo la más remota idea de cuáles sean tus costumbres; vamos, ni siquiera sé cuál es tu nombre. Es cierto, los libros son raros, disparejos: tú sabes mi nombre y yo ignoro todo sobre ti. A pesar de esto, y sin sentir una pizca de miedo,

puedo apostar a que tú también eres un poco chismoso y algo metiche. Si lo dudas, acuérdate del día en el que uno de tus compañeros comenzó a platicar de la persona que te gusta y sin pensarlo dos veces paraste la oreja. A como diera lugar tenías que enterarte de lo que estaba diciendo. Aunque lo neguemos de dientes para afuera, tú y yo lo sabemos: el chisme es irresistible. Pero no nos detengamos en esto, pues también tengo que aceptar que no sé lo que haces para enterarte de la vida y los milagros de los otros, pero a mí me encanta sentarme en una banca para ver pasar a la gente y, cuando la plática de los vecinos se pone buena, me quedo callado y escucho lo que dicen.

Los que caminan frente a mí y los que conversan a mi lado siempre me regalan historias que yo debo completar a fuerza de imaginación: los jóvenes que pasan con cara de preocupación tal vez reprobaron un examen, o quizá sus padres les prohibieron seguir jugando a los abrazos sin entender que cualquier noviazgo es el amor más grande de toda la vida, aunque apenas dure un ratito. La señora que va con su bolsa del mandado también me obliga a hacerme preguntas de altos vuelos...: ¿qué va a cocinar?, ¿a su familia le gustan sus guisados o de plano saben a jerga de pulquería?, ¿en su casa son felices o se la pasan como perros y gatos en un costal? Y exactamente lo mismo me sucede con las palabras que escucho a pesar de la sordera que me amenaza. Cuando mis vecinos de banca hablan mal de alguien me dan la oportunidad de imaginar a esa persona. A veces estoy de acuerdo con ellos, pero en otras ocasiones me da la impresión de que están completamente equivocados. La gente también puede ser injusta, y esa persona no puede ser tan horripilante como lo piensan; es más, los abominables son ellos.

Después de algunos años, mi capacidad para ser chismoso y metiche terminó por llevarme a mis otras dos pasiones: la historia y la literatura. En los libros que hablan sobre el pasado y en los que inventan historias —que pueden o no tener que ver con la realidad— se encuentran las vidas de muchísimas personas y personajes que me dan la oportunidad de enterarme de todos sus secretos sin que nadie me vea feo. Unos están bastante muertos y los otros no existen aunque parecen reales. Es más, gracias a las lecturas mis capacidades chismosas y metiches se volvieron más afiladas. Ya no sólo me conformaba con lo que sucedía delante de mis ojos y con lo que oía, en algunas ocasiones hasta lograba entender lo que pasaba. La bolsa del mandado de la mujer que caminaba delante a mí podía revelarme la receta que iba a preparar y, de pilón, me contaba algo sobre la historia de su familia: los ingredientes de un mole negro de Oaxaca, de uno poblano con harto ajonjolí o de un norteñísimo mole de cadera son tan precisos que revelan el pasado y las costumbres de quienes los guisan y los comen. Es más, con un poco de esfuerzo, hasta puedo imaginar los tonos en los que hablan y algunas de las palabras que usan. Cada receta contiene una manera de ser y estar en el mundo. No hay duda, el buen ojo y las lecturas son indispensables para ser un chismoso de a de veras.

Además de ayudarme en mi vida de metiche, la historia también me enseñó que las cosas nunca suceden "porque sí" o "porque así son desde que me acuerdo". La costumbre y el "no sé" jamás son buenas justificaciones para un chismoso profesional. Detrás de cada una de las acciones hay una explicación que puede ser sorprendente. Para muestra, me basta con un botón: pensemos en algo que nos pasó a todos, o por lo menos a *casi* todos.

Una historia que nos pasó a (casi) todos contada por un chismoso

Sin grandes problemas puedo volver a apostar que lo que voy a contarte sucedió en alguna de las escuelas donde has estado: aunque nos dé un poco de pena reconocerlo, tú y yo sabemos la verdad... por lo menos hubo una vez en que a una de las profesoras se le ocurrió la grandiosa idea de que los alumnos debían entrarle al zapateado y zangolotearse al ritmo del "Jarabe tapatío". Y, como donde manda capitán no gobierna marinero, a los alumnos no les quedó de otra más que aprenderse los pasos y resignarse a hacer el ridículo delante de todos. Ni modo, así es la vida, y a las doce de la noche todos estamos más o menos empatados en los ridículos y las habladurías.

Lo que pasó en esa ocasión casi era previsible: después de muchas horas de ensayos en las que todo salía bastante mal, llegó el día de la fiesta. Las niñas aparecieron en el escenario vestidas de chinas poblanas y los varones traían sombreroes y corbatas de tres colores. La música sonó y todos brincotearon sin ton ni son. Cuando terminaron de bailar, la mayoría de los que ahí estaban se miraron convencidísimos de que habían visto una de las mejores muestras de lo mexicano y de las buenas costumbres que tenían los profesores, los alumnos y la directora del plantel. ¿Quién puede dudarlo? Las chinas poblanas, los charros y ese zapateado —bien o mal hecho— son símbolos de la patria, y la gente se siente muy orgullosa de ser absolutamente mexicana.

Hasta aquí, por lo menos a golpe de vista, no habría nada raro. Sin muchos problemas tú y yo podríamos conformarnos con la idea de que "así son las cosas". Sin embargo, habría

que ir más lejos y hurgar en el pasado. En este caso, para encontrar las respuestas y toparse con lo extraño, no hay que buscar demasiado. En tiempos de la Nueva España y durante una buena parte del siglo XIX, bailar un jarabe era una de las peores cosas que podían hacerse. En aquellos días, los sacerdotes amenazaban con excomulgar a los danzarines para que sus almas ardieran en lo más profundo del infierno, y los mandamases tampoco se quedaban atrás: más de uno estaba seguro de que los horrores que se mostraban en ese zapateado sólo invitaban a las pasiones más bajas. Y, como era de esperarse, en más de una ocasión prohibieron los jarabes con una razón que les parecía indudable: esos pasos convocaban a las acciones más espeluznantes que seguramente terminarían con un apellido bastante enlodado, con un terrible pecado que se haría presente con un hijo de padre desconocido. Bailar un jarabe era clara muestra de malas mañas y peores costumbres. Únicamente la plebe, los léperos y los borrachos perdidos que le daban gusto al pulque, al mezcal o al chinguere podían darle gusto a este tipo de zapateado, que en algunas ocasiones sacaba chispas del piso gracias a los estoperoles que le ponían a sus huarachas. ¿Cómo fue posible que un baile prohibido y perseguido se convirtiera en un símbolo de lo mexicano? Y, peor aún, ¿cómo es que esté bien visto que los niños y las niñas bailen un jarabe sin que nadie ponga el grito en el cielo?

Por si lo anterior no bastara, cuando nos asomamos con más cuidado al "Jarabe tapatío", luego luego nos enfrentamos con el problema de las chinas. De entrada, tendríamos que aceptar que en ellas nada hay que nos recuerde al lejano Oriente y, por lo tanto, ¿por qué les decimos "chinas" a unas mujeres que parecen bastante mexicanas? Todo parece in-

dícar que ese nombre se debe a una de las características de su cabello. Para acabar pronto: las chinas eran chinas o, ya de perdida, tenían el cabello quebrado. Hasta aquí todo parecería resuelto, pero todavía nos queda un problema: ¿por qué razón las chinas tenían el cabello rizado si los indígenas siempre lo tienen lacio? Esta respuesta también es divertida: sus bucles eran una de las marcas que el mestizaje con los esclavos negros les dejó en el cuerpo. Ellos tenían la cabellera bastante ensortijada y le heredaron esta cualidad a las chinas que, aunque se dicen poblanas, en la versión de este jarabe resultaron ser de Jalisco. Así pues, en un descuido, la niña güerita que estaba bailando muy cerca de ti, en aquella época podría ser una mulata bastante paliducha.

Además de lo que ya te he contado, en el siglo XIX las chinas no eran bien vistas por la gente que presumía de ser muy decente: ellas eran las mujeres que iban a las pulquerías, las que se trataban de tú a tú con los léperos, las que se peleaban a la menor provocación, y las que —en más de una ocasión— protagonizaron escándalos memorables. Tanta era su mala fama que, en alguna ocasión, la esposa del primer embajador de España decidió vestirse como una de ellas para ir a un baile. Sus amigas le aconsejaron y le rogaron que no lo hiciera: ponerse la misma ropa que las mujeres de mala reputación no era correcto para la esposa de un diplomático, y menos si ella se hacía llamar *madame* Calderón de la Barca.

Ante esos hechos, que ocurrieron en la primera mitad del siglo XIX, de nuevo vuelven las preguntas: ¿por qué razón aceptamos que una niña se vista como las mujeres que iban a la pulquería y se jalaban de las greñas con sus enemigas?, ¿por qué nos parece tan inocente que una alumna de

primaria ande vestida de vieja escandalosa, sobradamente chimiscolera, peleonera a carta cabal y de dudosísimas costumbres? Seguramente estarás de acuerdo conmigo en que todo esto es raro, muy raro...

¿De dónde diablos salió nuestro encandilamiento por el jarabe, las chinas y los charros? Hasta donde he podido averiguar, el adecentamiento del "Jarabe tapatío" se inició hace poco tiempo, en 1919 para ser muy precisos. Ese año, cuando Venustiano Carranza trabajaba de presidente, llegó a México una famosísima bailarina rusa: Anna Pavlova, quien según los gustos de aquella época estaba guapísima (aquí entre nos, la verdad es que a mí no me lo parece y, en realidad, me resulta bastante sin chiste y tirando a feúcha). Para que la Pavlova no tuviera problemas y no la asaltaran en el camino, el mismísimo Barbas de Chivo —así le decían a don Venustiano sus enemigos y los que se burlaban de él— mandó una buena cantidad de soldados para que la escoltaran de Veracruz a la Ciudad de México. La bailarina llegó sin problemas y, después de reponerse del viaje, se presentó en el Toreo de la Condesa, donde —según se lee en los periódicos— dejó bastante apantallados a poco más de dieciséis mil chilangos que pagaron hasta tres pesos por verla. Una cantidad bastante fuerte, pues el cine —con una tanda de varias películas— apenas costaba unos centavos.

La Pavlova se llevó todos los aplausos y, como todos estaban encandiladísimos con ella, una bailarina mexicana —que según los entendidos se llamaba Eva Pérez— le enseñó a bailar el jarabe. La verdad es que no sé si doña Eva hablaba francés o ruso, y tampoco sé si la Pavlova comprendía el español, pero el caso es que se entendieron. Doña Anna quedó más feliz que una lombriz y trató de repetir los pasos de la